

LETRAS AL MARGEN

UNA CARRERA DE RESISTENCIA

EDUARDO ANTONIO PARRA Andrés Henestrosa cumple cien años de vida. Hace unos días recibí la invitación para asistir al homenaje que se le hace por este motivo. Tras leerla, lo primero que se me vino a la cabeza fue que me he acercado poco a la obra de este autor, fuera de sus libros clásicos *Los caminos de Juárez* y *Los hombres que dispersó la danza*, de uno que otro texto recopilado en antologías y de algunas de sus columnas periodísticas. Luego, la idea de que exista en México un escritor centenario en plenas funciones creativas fue creciendo en mi cerebro hasta atrapar por completo mi atención. Comencé a darle vueltas y más vueltas. ¿Ha habido otros? Mi ignorancia acerca de la longevidad de los escritores mexicanos es casi absoluta. Recordé entonces a Juan de la Cabada, pero no estoy seguro de la edad a la que llegó. De hecho, el único nombre que acudió a mi mente, en lo que a escritores longevos se refiere, no es de un mexicano, sino de un alemán: Ernst Jünger, quien siguió escribiendo más allá de los cien años de edad.



¿Cuál es el secreto de la longevidad creativa?, me preguntaba. ¿Cómo se conjura el acecho de la esterilidad, que constituye quizás el mayor pánico en la vida de un escritor? En conversaciones con mis colegas, algunos han expresado su temor ante la posible llegada del momento en que se les agoten los temas, la imaginación, y, por lo tanto, se queden sin materiales para escribir, conservando la experiencia de un oficio inútil, la facilidad para manejar el lenguaje y las técnicas, sin un verdadero impulso creador. No se trata de un temor vano. Al contrario del ejemplo de Andrés Henestrosa, o de Jünger, en México abundan los Bartlebys (como los define Vila-Matas): escritores que por cualquier razón abandonaron el quehacer literario, ya por una o varias temporadas largas o en forma definitiva. Juan Rulfo es el más mencionado entre los mexicanos, aunque también se habla de Juan José Arreola, Juan Vicente Melo y hasta de Salvador Eli-

zondo. ¿Por qué llega a suspenderse el proceso de un trabajo creativo? ¿Por qué un escritor opta, o se ve condenado al silencio en cierta etapa de su vida?



Se dice que algunos se “agotan” después de escribir su obra maestra, o que el talento no fue lo suficientemente pródigo con ellos. Se puede argumentar que el deseo de “vivir la vida” aleja a otros de la existencia contemplativa del creador artístico, o que el éxito

apabulló a los de más allá. Que hay algunos que comprendieron que jamás podrían superarse, o que la obra rebasó a sus autores, en otros casos. Que si el alcoholismo, la adicción a ciertas drogas, las mujeres, el dinero...

Razones que explican la esterilidad hay muchas, pero ninguna llega a ser del todo satisfactoria. Que la literaria es una carrera de resistencia y que, como en un maratón, hay que saber administrar los recursos y la imaginación, resulta una certeza imposible de poner en duda. Al respecto, hace algunos años Celso Santajuliana y Ricardo Chávez Castañeda llevaron a cabo una investigación sobre el comportamiento de la fertilidad creativa en los escritores, que arrojó datos, si no sorprendentes, sí reveladores y al mismo tiempo preocupantes. Según ellos, de cada mil jóvenes que se internan en el oficio literario antes de los veinte años, al llegar a los treinta sólo se mantienen cien. Es decir, el noventa por ciento se queda en el camino recorri-

do durante una década. De esos cien, únicamente diez continúan ejerciendo el oficio al alcanzar los cuarenta años de edad. O sea que otro noventa por ciento sucumbe en el transcurso de otra década. De esos diez, al llegar a los cincuenta sobreviven cuatro, quienes se mantienen el resto del tiempo (o de su vida). Sin pensar en lo extraño que es ver reflejado el mundo literario en cifras, los resultados de esta investigación cuantitativa quizá deberían repensarse a la luz de éste cumplimiento de Andrés Henestrosa. ¿Cuántos escritores siguen siéndolo después de alcanzar los ochenta, los noventa, los cien? Casos como el de este autor dan al traste con todas las proyecciones estadísticas.

En mis conversaciones con colegas, sin embargo, al hablar de esterilidad creativa hay algunos aspectos que mitigan el temor. Cuando los nombres mencionados corresponden a escritores grandes, reconocidos por los demás, por debajo de los comentarios pesimistas late un sustrato de orgullo, de admiración, como si todos pensáramos: “Es cierto, ya no siguieron, pero con lo que lograron escribir se salvan del olvi-

do”. No ocurre así si, por el contrario, se habla de autores que, después de agotar su veta imaginativa (a juicio de los participantes en la charla), continúan en el ejercicio de la literatura. Éstos son vapuleados con cierto desprecio por haber cometido el pecado de repetirse, de no ofrecer a sus lectores nada novedoso, de dar en cada libro “lo mismo” aunque cada vez lo hagan mejor. Se trata de escritores “de oficio”, que en cada obra nueva exhiben sus logros técnicos, perfeccionan sus estrategias, pero todo lo que escriben ya lo habíamos leído en un libro suyo anterior. Incluso sus temáticas se discuten: “Fíjate bien”, dicen algunos, “cuando algunos narradores pasan de los sesenta años, un tema recurrente en ellos es el de la novela erótica, o más bien, el del erotismo nostálgico: la jovencita que se enamora del viejo y es muy feliz con él”. Y es cierto, haciendo un breve repaso a la obra de ciertos narradores latinoamericanos, es fácil detectar las novelas que abordan dicho asunto. “Qué terrible cuando el único tema, el único material que te quede para escribir”, dicen, “sea el de la nostalgia por el sexo”. Lo curioso es que se trata de una acti-

tud netamente masculina. No recuerdo ninguna novela de una escritora donde un jovencito se enamore de una mujer más que madura.

En fin, los temores mencionados, ambos bastante legítimos entre los creadores, tan disímiles y al mismo tiempo tan semejantes, representan dos caras de un mismo miedo que, querámoslo o no, se encuentra muy arraigado en algunos de quienes ejercemos las letras. Son la expresión de una incertidumbre natural —“¿qué nos depara el futuro como escritores?”—, pero a la vez de una seguridad soberbia —“yo no haré lo mismo que ellos”. Los ejemplos y destinos de nuestros mayores nos causan la inquietud de no saber cómo vamos a progresar, a mantenernos en el oficio, o a detener nuestra ruta.

Por lo pronto, para contrarrestar esa corriente de Bartlebys geniales, de los que está llena nuestra narrativa, corriente que a la vez nos provoca pánico y orgullo, la longevidad y la fertilidad de un escritor con un siglo de vida como don Andrés Henestrosa puede muy bien servir para documentar un resquicio de optimismo.

Felicidades, don Andrés, y que viva (y escriba) muchos años todavía.

CUANDO ALGUNOS NARRADORES PASAN DE LOS SESENTA AÑOS, UN TEMA RECURRENTE EN ELLOS ES EL DE LA NOVELA ERÓTICA, O MÁS BIEN, EL DEL EROTISMO NOSTÁLGICO